

llarre insisten. Después de una larga estancia en Ibiza, han vuelto a Madrid, donde tocan semanalmente en el Club El Poncho, aparte de actuar en diversos colegios y discotecas.

Aquelarre siguen siendo un grupo interesante, con un sonido compacto y potente. Incluso, parece que en los últimos tiempos su música se ha hecho más furiosa, especialmente en esos instrumentales donde domina la guitarra palpitante de Héctor Starc. Sus piezas cantadas —como su versión de "El monstruo del lago"— resultan más oscuras por sus referencias a la realidad argentina, y demuestran —por si todavía hay oídos incrédulos— que se puede cantar rock en castellano.

Este dilema del idioma —inglés o castellano?— ya lo tienen resuelto los músicos argentinos, que, lógicamente, buscan la máxima comunicación de su audiencia. Actuando junto a Aquelarre, está un rockero de Buenos Aires llamado Moris. Con el simple acompañamiento de una Gibson SG, Moris interpreta temas clásicos del "rock and roll" de los años cincuenta, más composiciones propias sobre la vida en las metrópolis de aquí y de allá. Son letras sencillas montadas sobre música directa y tocada con vigor. Es una forma efectiva de entender la canción urbana, una vía popular que inexplicablemente ha sido olvidada por la mayor parte de nuestros cantautores. Lleno de energía y libre de pretensiones culturalistas, Moris arrastra al público con suma facilidad.

Aquelarre y Moris. Por diferentes razones, dos interesantísimas aportaciones al triste panorama del rock que se hace en España. Espero que, en esta ocasión, su música no pase inadvertida. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CANCION

Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, en Madrid: una nueva canción cubana

Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, de la Nueva Trova Cubana, dan una imagen alejada ciento ochenta grados de la que, también recientemente, nos ofreció el veterano Carlos Puebla. Una sola cosa mantienen en común ambas: el respeto, la defensa a ultranza de la Revolución fidelista. Pero donde en "Los tradicionales" existe simplicidad, esquematismo y simpleza maniquea, en la Nueva Trova hay profundidad, investigación y complejidad, tanto formal como temáticamente. Es una canción ésta más acorde con las exigencias y necesidades de un tiempo nuevo, donde el compromiso artístico requiere algo más que declaración de principios y exposición de verdades, por muy patentes que éstas sean o parezcan ser.

Alternándose en su presencia sobre el escenario, Silvio y Pablo ofrecieron en Madrid un recital que convenció a casi todos y conmovió a muchos. Con una simple guitarra en sus manos, ambos mostraron que la fidelidad —y nunca mejor dicho— a unas ideas se muestran mejor

con la poesía que con la diatriba, por humorista que ésta sea. Porque si bien cada momento histórico precisa de un tipo distinto de comunicación, y hace posible también una específica manera de arte, parece claro que en la actualidad, ante públicos de un cierto nivel crítico, el panegrico y el panfleto están fuera de lugar. Silvio Rodríguez y Pablo Milanés se apuntan a un tipo de canción popular distinta: ante todo, personal, si bien subsumida en lo colectivo; trabajada, lo que no supone pérdida de la espontaneidad; humilde, sin perder por ello el orgullo de pregonar lo que se cree justo.

En Silvio Rodríguez hubo mayor búsqueda formal; él es más un compositor que un intérprete. De su labor han surgido algunas de las más bellas canciones de la Cuba actual: "Madre" —realizada para el cortometraje "Hanoi martes 13"—, "Sueño con serpientes", "Playa Girón", "Fusil contra fusil" o "Te doy una canción". Es una poesía la suya no exenta de símbolos e imágenes, que le confieren un especial carácter, no siempre captado en un recital. Desde luego, la Revolución de Castro, sus logros sociales, sus inquietudes internacionalistas (Vietnam, Chile, Puerto Rico, Angola), están presentes en su labor. Pero, más que eso, lo característico de su obra es la captura de lo cotidiano: hay un aliento especial en sus canciones de amor, y hay también una reflexión sobre la labor del cantor popular en una sociedad que ha logrado ciertas premisas políticas. "Soy feliz, y pido perdón por ello a todos los muertos de mi felicidad", finalizó su actuación Silvio, en un resumen, entre triunfalista y dolorido, de su labor, que consigue sus mejores momentos cuando su voz sensitiva recorre los senderos de una



Quilapayún, durante su actuación en Madrid.

profunda síntesis pensamiento-música, habitual en él.

En cuanto a Pablo Milanés, que ya nos visitara el año anterior en unión del Grupo de Experimentación Sonora de La Habana, muestra la madurez de un cantor pleno de convencimiento y de convicción. Hace tiempo él compuso ya "Pobre del cantor", pero sus textos han venido haciéndose cada vez más ricos y elaborados, aunque sigan por debajo de los de Silvio en este nivel. Son, siguen siéndolo, más "claros", más "combativos" en primer grado, el grado de la eficacia inmediata: "La vida no vale nada" (... "cuando otros se están matando y yo sigo aquí cantando/como si no pasara nada"...); "A Salvador Allende, en su combate por la vida"; "Yo pisaré las calles nuevamente"; "Canción por la unidad latinoamericana"... También sus últimas adaptaciones de poemas de Nicolás Guillén gozan de las mismas virtudes: directos, sencillos, punzantes. Pero también canta Milanés hermosos poemas de amor, donde ya hay un más cercano sentido de lo misterioso e inasible. Finalmente, Milanés es capaz de transmitir calor, una enorme fuerza en su decir tranquilo, sereno, altamente sugestivo y de gran calidad técnica. ■ ALVARO FEITO.

Quilapayún, de Chile: "Venceremos..."

Quilapayún, el nombre mítico de la canción chilena —al lado de los igualmente legendarios y ya desaparecidos Violeta Parra o Víctor Jara—, llegaron, por fin, a Madrid. Había existido un inten-



Pablo Milanés.



Silvio Rodríguez.